

Víctor Manuel Muñoz Sánchez*

○ Representaciones y simbología del arrozal en la provincia de Sevilla**

Resumen: Este artículo se dedica a contemplar y explicar el mundo simbólico del arrozal. Las transformaciones en la cultura del trabajo en el cultivo del arroz son elementos que explican esta nueva situación. El saber hacer de los arroceros deja de pertenecer a la cultura valenciana de la que provienen. El enfrentamiento entre la representación andaluza y la valenciana dejan paso a un proceso de hibridación cultural, en la cual se supera la anterior lucha simbólica. A su vez también incluyo algunas referencias simbólicas a nivel mundial donde el arroz es el representante más importante.

Palabras clave: Arroceros; Cultura arrocera; Hibridación cultural; España; Siglos xx-xxi.

Abstract: This essay is about considering and explaining the symbolic world of rice. The new changes and advances that are related to the rice exploitation are the elements that explain this new situation. How to cultivate rice doesn't only belongs to the Valencian culture where it comes from. The clash between the Andalusian representation and the Valencian one lead to a process of cultural hybridization, which overcomes the previous symbolic clash. In addition, I also include some references at world level in which rice is the most important element.

Keywords: Rice growers; Rice grower culture; Cultural hybridization; Spain; 20th-21st Centuries.

1. Introducción

La contribución científica que aquí se presenta ha sido heredera directa de un proceso de reflexión que siguió a la presentación de la tesis doctoral *Economía, ecología y cambio social en un entorno rural*. Fruto de la labor investigadora ahí desarrollada, quedaron puntos no suficientemente clarificados y sobre los cuales había que indagar con mayor detenimiento. La reflexión sociológica llevó a tomar en consideración todo el elemento simbólico que evocaba la subcultura arrocera en el ámbito de estudio de la zona arrocera

* Víctor Manuel Muñoz Sánchez es licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad de Granada y doctor en Sociología por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. Actualmente es profesor en el área de Sociología. Sus líneas más destacadas de investigación son la Sociología rural, la Sociología de las organizaciones y la Sociología de la juventud. Contacto: vmmunsan@upo.es.

** Este artículo está basado en el capítulo "Representaciones y simbología en el arrozal sevillano", perteneciente a la tesis doctoral *Economía, ecología y cambio social en un entorno rural. Arroz y arroceros en la provincia de Sevilla*, presentada en la Universidad Pablo de Olavide en octubre de 2007.

sevillana. La perspectiva sobre la cual se trabajaba giraba en torno a la consideración como marco teórico de las llamadas corrientes microsociológicas, y concretamente la asociada a la tradición fenomenológica (Schutz 1967; Schutz/Luckmann 1977), cuya concepción sobre la vida cotidiana y sus vinculaciones sobre la propia estructuración del mundo de los actores sociales es una constante referencia. Desde este marco teórico referencial, tomamos en consideración que el acercamiento metodológico hacia este objeto de estudio tendría que conducirse hacia la utilización de la entrevista en profundidad como técnica más adecuada. El desentrañar los mundos de la vida asociados al arrozal y a la propia vivencia personal de los arroceros traería como consecuencia un mejor conocimiento que el ofrecido por la primera aproximación realizada en la tesis doctoral. De ahí que este artículo sea el producto material de este conjunto de reflexiones.

La consolidación de elementos primordiales de análisis como las representaciones simbólicas y vitales sobre la vida cotidiana en el arrozal, se estableció como la principal tarea a desarrollar. La asunción de los distintos reinos del mundo social (*Umwelt* y *Mitwelt*), materializados en el futuro (*Folgewelt*) y el pasado (*Vorwelt*) son categorías de ineludible repaso en unos papeles de esta naturaleza. El conjunto de significados y motivos que se detectan en estos contextos arroceros marcan la senda de lo que se considera una visión de una realidad social compleja, marcada por las culturas del trabajo y las simbologías que de ellas derivan. A partir de ahora, se hará un profundo recorrido por los conceptos antes esbozados.

El conjunto de objetivos a los cuales tratan de responder las siguientes líneas giran en torno a la descripción y posterior análisis de las implicaciones simbólicas y socioeconómicas que han provocado los procesos de transformación del territorio, las representaciones sociales y la tecnología utilizada en el arrozal de la provincia de Sevilla. Como es obvio, el marco cronológico al que nos enfrentamos es muy amplio, dado que se realiza un repaso de un intervalo histórico muy dilatado. Los primeros intentos de introducción del arrozal en la zona sevillana datan de finales de la década de 1920. De tal forma que los procesos de cambio y transformación en las formas sociales, representaciones y simbología que se han producido desde entonces son muy numerosas. Se tendrán en cuenta los relativos a la implantación del arrozal en la zona, así como los relacionados con las distintas tipologías de los arroceros, y por último la influencia ejercida por el proceso de mecanización del cultivo y las consecuencias sociales, económicas y representacionales que produjo. En cuanto a las referencias teóricas (Lefebvre 1972; Hannigan 1998; Jodelet 1984; Guzmán Casado/González de Molina/Sevilla Guzmán 2000), nos sirven para dotar de un basamento teórico robusto a los trabajos de investigación empírica que los ilustran (Zoido 1973; González Arteaga 1992; Rodríguez Cárdenas 1991; Sabuco 2004). Los materiales empíricos que sustentan el artículo han sido extraídos de un compendio de entrevistas en profundidad con guión temático a informantes privilegiados, unidos a los antecedentes investigadores de este artículo, que se encuentran en la elaboración previa de la tesis doctoral citada más arriba, defendida en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla en 2007.

2. Tipificaciones de arroceros en base al tiempo

Este epígrafe trata de ofrecer una tipología de los agricultores dedicados al cultivo del arroz en base a la construcción de representaciones simbólicas y materiales sobre el

arrozal. Se asume así que la imagen sobre el cultivo y el mundo simbólico que lo rodea sufre una transformación radical a través del tiempo. Esta visión de los pioneros valencianos va a verse modificada por la aparición del proceso de mecanización del cultivo y del nuevo tipo de arrocero actual, cuya familiarización con las tareas mecanizadas hace que tenga una representación distinta a la tuvieron sus antecesores. En estos ámbitos simbólicos que evocan representaciones colectivas, la perspectiva compartida sobre los fenómenos y las relaciones sociales asociadas al arrozal vienen definidas por la propia experiencia vivida. La vida cotidiana ocasionada por el cultivo y la vivencia del arrozal permiten a los propios arroceros “sentir” el arrozal como algo “suyo”, algo que les marca y, por tanto, como parte de sus vidas y, como no, de sus propias biografías. Una constante que se encuentra en la expresión verbal del discurso de los primeros arroceros va a configurarse mediante la legitimación de un proceso de conquista de un espacio o territorio salvaje. La marisma, antes de su puesta en cultivo, era un terreno ajeno a lo humano, según su parecer, dominado por la naturaleza y por consiguiente salvaje por definición. Ya los ilustrados, entre ellos Olavide, percibían la marisma como un peligro en potencia, foco de terribles enfermedades y que era necesario transformar para lograr –en cierto modo– su “domesticación”.

Los pioneros

Los pioneros del arrozal fueron valencianos atraídos por el fomento del cultivo que auspiciaron los responsables del alzamiento militar español de 1936. La creciente demanda de alimento por parte de las tropas franquistas en combate hizo que la implantación y fortalecimiento de un arrozal en la zona sevillana –en manos del ejército sublevado contra el orden constitucional republicano– fuera una prioridad para los responsables militares como alternativa al arrozal valenciano, situado en zona republicana. De ahí que, desde el término de la Guerra Civil hasta los años 50, la zona en expansión arrocera sevillana fuera un foco de atracción de mano de obra tanto cualificada –valencianos– como no cualificada –andaluces de todo tipo de procedencia, así como habitantes de municipios cercanos– (Bernal 2004).

Los primeros arroceros comentan, realizando un símil muy frecuente, que ellos fueron los pioneros de la conquista. Los primeros valencianos consideran su papel, desde su visión *etic* (Harris 1982), como trascendental a la hora de modificar el espacio y el territorio hasta ese momento inhóspito que era la marisma. Desde ese mismo instante, se imprime a los pioneros de una especie de halo de grandeza, ya que fueron ellos, y no otros, los que lucharon contra un medioambiente hostil al hombre.

Del mismo modo, si se pretende esbozar un retrato de los primeros arroceros, en la mayoría de las ocasiones, se encontrará un emigrante valenciano que se apropia de la transformación (González Arteaga 1992). Existen otras versiones sobre la misma temática centradas más bien en los oriundos, más que en los foráneos. Sabuco realiza una espléndida síntesis de esta cuestión en su tesis doctoral (Sabuco Cantó 2004: 136-200). Su opinión se acerca a la consideración de la variable étnica (ser valenciano) como la clave justificadora de la colonización. De ahí que los valencianos por la cultura del trabajo en la concepción de la autora y según otros (Moreno 1978) que practican, así como por los saberes arroceros que traían aprendidos, tuvieran un estatus especial muy valora-

do por los responsables políticos de la colonización de la marisma. No obstante, la identificación entre valenciano y arrocero, con todo lo que ello llevaba implícito, no resulta del todo correcta. En muchos casos, la asociación de estas ideas no tenía por qué ser cierta, puesto que en las sucesivas oleadas migratorias también llegaron a la marisma gran número de valencianos que no provenían de zonas de tradición arrocera y que no poseían las cualidades intrínsecas que se les presuponía (Rodríguez Cárdenas 1991).

Los de fuera (los que llegaron) y los de dentro (los que estaban)

Esta dialéctica toponímica basada en los de dentro y los de fuera ha sido una constante en la representación simbólica del arrozal. En la isla, todo el mundo ha llegado allí en un momento u otro. Puesto que allí no residía nadie, sólo era considerado un territorio de ida y vuelta, era visto como casa de nadie. Los cigarreros (gentilicio de los habitantes de Puebla del Río) iban a la isla y volvían antes o después a su hogar, residían sólo de forma temporal.

En esta zona, desde su puesta en cultivo por primera vez con superficie arrocera en 1929 propiciada por distintos intentos baldíos protagonizados por compañías colonizadoras (González Arteaga 1992), se han establecido personas que llegaban de los más dispares destinos y los discursos elaborados por los distintos colectivos estaban encaminados a apropiarse dialécticamente del territorio. La distinción que se pretende establecer entre los que estaban y los que llegaron está vacía de contenido, si se entiende que en la marisma no había nadie, como han declarado algunos viejos del lugar (Rodríguez Cárdenas 1991). Era una zona donde la gente podía pernoctar algunos días pero siempre con la intención de volver a su verdadero hogar. Era un lugar de ida y vuelta, dado lo inhóspito y peligroso de la zona. Sólo los pastores, cazadores y viajeros se adentraban en la marisma (Acosta 2004).

El hombre marismeño podría ser considerado desde esta óptica como el elemento central de una especie de esencialismo local, frente a una presumible agresión de una cosmovisión cultural extraña y alejada de lo andaluz como podrían ser los valencianos con “hambre de tierra” –sobre todo en los ámbitos de los colonos– y ganas de progresar, propiciadas por el hecho de dejar atrás toda una vida y desplazarse a un lugar nuevo (Sabuco 2004). En numerosas ocasiones este desplazamiento sólo se creía temporal; sin embargo en muchos casos se tornó prácticamente irreversible por unos u otros motivos.

El discurso de los de dentro era patrimonializado por los jornaleros andaluces que veían como una fortísima agresión la presencia de los colonos valencianos, cuya visión difería de los primeros, puesto que consideraban que este lugar no era de nadie y que la colonización había sido protagonizada por ellos, por los pioneros que llegaron de Valencia a cultivar arroz y a domesticar la marisma. Por su parte, el discurso jornalero estaba basado en que la marisma siempre fue aprovechada por su colectivo dado el estatuto de tierra de comunes que servía para obtener el *Pan de marisma* (Acosta 2004). Por tanto, la apropiación del territorio y del discurso por parte de los colonos valencianos les parecía inadmisibles, puesto que ellos ya estaban allí desde hacía mucho. El conflicto se hacía manifiesto en relación al régimen y la propiedad de la tierra que se estaba transformando porque, además de ostentar un lugar privilegiado, los valencianos comenzaban a colonizar el imaginario colectivo a través de la nominalización de la terminología valenciana

en todo lo relativo a las tareas propias del cultivo del arroz. Como ejemplos más destacados podemos proponer: *llaurador* (campesino), *angoixa* (riego del arrozal), *tancat* (parcelas arroceras agrupadas por la distribución del agua), *els quartons* (unidad de medida de tierra utilizada en Valencia), *eixugar* (ganguear, movimiento de las tierras arroceras una vez inundadas), *aixugó* (tarea de desecación del arrozal) o *xirugar* (nivelación del terreno con arado). Desde el punto de vista de los andaluces no se entendía que a todas las faenas arroceras hubiese que nombrarlas en un idioma extraño para ellos, como era el valenciano. La cultura de trabajo que trajeron los valencianos de su tierra se confrontaban de manera radical con la concepción del trabajo de los jornaleros.

El agua era un marcador que construía una mirada particular tanto sobre la marisma como sobre la cultura del trabajo en el arrozal (Sabuco 2000). Para los valencianos representaba una necesidad ineludible, probablemente originada por su constante contacto con ella en sus lugares de procedencia (Muñoz Sánchez 2007a). No obstante, para los andaluces el agua era un estorbo, algo no conocido y que generaba incluso miedo. Su relación con el agua había sido de huida porque el agua estancada con gran frecuencia representaba insalubridad, paludismo y un largo etcétera poco agradable. La mirada sobre “lo encharcado” de la marisma era, por un lado, símbolo de recuerdo de su vida natal (en La Albufera) y por otro, un potencial enorme de colonización y conquista que posibilitaban un futuro próspero. Por su parte, el oriundo centraba su mirada en un territorio que estaba compuesto por hostilidad, naturaleza, o por otro lado un patrimonio comunal que abastecía a los más necesitados y que saliendo del mismo todos los recursos seguían estando mal repartidos (Muñoz Sánchez 2005).

De la misma forma, el campesino valenciano desarrollaba un estilo de vida ajeno al propio de los “campesinos sin tierra” (jornaleros) andaluces. La estructuración de la propiedad de la tierra de la que provenían los arroceros valencianos era muy distinta a la existente en Andalucía, y si se une a esto la desconfianza de los jornaleros autóctonos con respecto a las promesas de futura propiedad que se realizaron por parte de las compañías que fueron gestionando el arrozal, el disenso estaba servido en bandeja. Las posturas eran muy irreconciliables y se estableció una lucha simbólica al respecto.

3. Representaciones y simbologías en base a la etnia como discurso dominante

Todo valenciano será arrocerero

No hemos de olvidar que existió una homogeneización del colectivo de valencianos que llegó a la marisma desde su tierra de origen. La idea de que todo valenciano era arrocerero (metonimia social o estereotipo) caló hondo en la mente de los responsables de la transformación de la marisma en superficie arroceras. Además de todo esto, se produjo una marcada tendencia de protección de los valencianos, dado que se consideraba que éstos eran depositarios de un saber hacer relativo al arrozal, cuyo aprovechamiento era imprescindible para consolidar la isla del arroz. De este modo, se produjo un agravio comparativo que el colectivo de jornaleros andaluces padeció de forma intensa. Se valora de manera directa que se establecieron procesos de discriminación positiva por parte de R. Beca y Cía. Industrias agrícolas –patrocinada por el gobierno franquista y empresa que capitaneaba la gestión del arrozal hasta la desaparición de la misma en los

años 70— para con los valencianos, facilitando en la mayoría de los casos su acceso a la posición de colonato; fruto de esta actitud, los valencianos se colocaron en lugares privilegiados dentro de la estructura social del municipio que surgiría con posterioridad en la isla arrocera.

Este excesivo celo por la protección de la cultura de trabajo que desarrollaban los colonos valencianos iría desapareciendo con el tiempo, víctima de varios procesos que despojaron a los valencianos de su saber hacer arrocero. El primero de ellos fue el proceso de mecanización al que se sometió al arrozal en particular y a la agricultura española en general (González Delgado 1988) iniciado en los años 70, y que contribuyó a que se simplificasen las faenas arroceras y a acercar al conocimiento de las mismas a otros colectivos que antes “carecían” de dicho conjunto de saberes. En segundo lugar, la lucha de los jornaleros por la ruptura del monopolio que los valencianos quisieron hacer del cultivo dio sus resultados, puesto que los jornaleros andaluces empezaron a reconocer las similitudes que el proceso de cultivo del arroz guardaba con el de otros cereales, por ejemplo con el trigo. De modo que se detectaron las fisuras que el discurso hegemónico valenciano tenía sobre el cultivo. Esta situación se materializa de forma clara en el diagnóstico que hemos realizado sobre la aprehensión de la realidad que se establece en función al lenguaje, basándonos en la etnolingüística (Saussure 1964). Se apunta que la visión dialógica entre andaluces y valencianos era diametralmente distinta. El valenciano como lenguaje “oficial” de las tareas agrícolas arroceras hacía que esa nominalización valenciana se convirtiese en discursos hegemónicos que no eran aceptados por los andaluces. La lucha simbólica entablada por nombrar las cosas con una forma u otra llevó a conatos de enfrentamiento entre los jornaleros y los colonos. Estos últimos obligaban a los primeros a referirse a la realidad que tenían ante sus ojos con nombres que no comprendían y a los cuales se mostraban reacios. De ahí que la queja de los andaluces fuera una tónica constante en el tiempo de trabajo. Cada lenguaje aprehende una realidad de modo distinto, ¿por qué llamar algo en otro idioma si ya tiene nombre? Ésta era la justificación elaborada por los andaluces para negarse a nombrar en valenciano. Por eso consideramos que esta imposición lingüística simboliza una supremacía en los ámbitos económico y social de los valencianos en los primeros momentos de la isla arrocera, pero que posteriormente será superada por la irrupción del arrocero actual y su representación simbólica radicalmente distinta.

Bien es cierto que el arroz podría ser considerado como un cultivo extraño a la lógica de cultivo existente en Andalucía, sobre todo por lo relativo a su carácter de cultivo de regadío. Esta modalidad de cereal que se cultiva en terrenos inundados no se practicaba en la región, y para la cosmovisión de los jornaleros andaluces representaba algo no sólo extraño, sino en muchas ocasiones peligroso por los riesgos que producía el trabajar metido en agua, en numerosas ocasiones turbia por el barro y poblada por especies acuáticas. Era un trabajo poco deseable y desconocido hasta la llegada del arroz. No obstante, las similitudes de los cultivos de cereales de secano que se desarrollaban en Andalucía ayudaron a comprender el nuevo sentido del cultivo y permitieron una adaptación relativamente gradual por parte de los andaluces. Se puede afirmar que el proceso de división sexual del trabajo era un elemento estructurador constante tanto en el arrozal valenciano como en el de la zona sevillana. Por otro lado, seguían funcionando esquemas que eran válidos para ambos arrozales, por ejemplo respecto a la familia como unidad de producción de manera que garantizaba el ahorro económico que propiciaba una posible adquisición futura de tie-

rras. Esta estrategia estaba fundamentada en un posible regreso a los lugares levantinos de origen de las familias valencianas que emigraron hasta la provincia sevillana.

Por su parte, los valencianos conocían el cultivo y su conjunto de saberes formaba parte de su imaginario colectivo así como de su vida cotidiana. Su aclimatación fue muchísimo más rápida, porque se basaba en hacer aquí lo que hacían allí. Evidentemente que tenían que salvar los obstáculos de dominar y domesticar la marisma, pero la extrapolación de los conocimientos sobre el arrozal era un proceso de fácil aplicación.

Arrocero tradicional versus arrocero actual

La realización de este binomio responde a la concepción diferenciada que existe entre los arroceros que realizan la actividad actualmente y los que la hicieron en los primeros momentos de la transformación de la marisma en arrozal, allá por los años 30. El periodo de tiempo en el que puedo enclavar a los arroceros tradicionales abarca hasta el proceso de modernización producido en el cultivo en los años 70. Es a partir de ahí cuando se puede empezar a vislumbrar cómo se transforma la tipología básica del arrocero tradicional. Pero empezaremos por explicar cómo se distingue a un arrocero tradicional. Los arroceros tradicionales suelen ser los verdaderos valencianos que provenían del mundo rural de esta comunidad y que llegaron mediante procesos de migración incentivados en unos casos por la posibilidad de obtener tierras, y obligados en otros para salir del ambiente hostil –políticamente hablando– que les rodeaba en sus pueblos de origen en el periodo de postguerra. Sin embargo, independientemente de las causas por las que llegan a la marisma sevillana, puede decirse que albergaban una homogeneidad en sus concepciones acerca del arrozal. Estos arroceros tradicionales conocían el funcionamiento y la temporalización del cultivo de este cereal gracias a haber desempeñado el oficio de arrocero en su Valencia natal. Con una frecuencia muy alta poseían antecedentes familiares que cultivaron arroz, y cuyos conocimientos se iban transmitiendo de generación en generación. El arrozal valenciano, con sus variedades y sus sistemas propios de riego, eran conocidos en profundidad por esta tipología de arroceros. Todo el conjunto de saberes asociados al cultivo vinieron con ellos a la marisma de la provincia de Sevilla y su objetivo fue extrapolar toda esta sabiduría a la zona arrocera sevillana. El arrozal como cultura formaba parte de la idiosincrasia valenciana y generaba un universo simbólico muy amplificado por este colectivo emigrado, que contribuía a un proceso de solidaridad interna fortísimo. El reconocimiento como valenciano se establecía en base al lenguaje y a la relación con el arrozal (Sabuco 2004).

Allá en Valencia, el arrozal y el arrocero eran formas de entender la vida y configuraban una visión del mundo distinta a las elaboradas por otros cultivos. El conjunto de arroceros ha desarrollado estrategias corporativas de reproducción y ha logrado que la cultura valenciana valore intensamente la forma de vida y el propio cultivo como parte importante de sus diferencias como pueblo y también como un elemento identificador de enorme potencia. El arrocero valenciano tradicional gestiona sus parcelas con un mimo especial y las cuida con una atención especial porque considera que son parte de sí mismo. Del mismo modo, se comentará que en Valencia el arroz es un cultivo entre los demás, lo que sí era propio de la cultura agrícola valenciana era la estricta valoración que se hacía del agua y el cuidado con el que se gestionaba. De hecho, diré que los cultivos

de regadío y entre ellos el arroz, así como la gestión racional del agua en el entorno levantino, son las características que condicionan esta forma de entender lo agrario por parte de estos colectivos.

Los valencianos sentían hacia el arrozal un apego muy especial, porque para ellos era algo más que una simple tierra, ya que representaba una especie de recuerdo directo de su tierra y valoraban el arrozal y el arroz como un elemento más de su propia vida. No importaba el tiempo que se pasase en el arrozal, si hacía falta se podía estar de sol a sol, incluso se podía estar al pie del cañón en la noche, si la ocasión lo requería. Por su parte, los pobladores locales veían la tierra arrocerera como la representación de algo extraño, inundado y peligroso, que podía generar en muchos casos la muerte por paludismo, de este modo, para ellos el arrozal era una tierra donde echar la peonada y de la cual había que “huir”, alejarse lo antes posible, de tal manera que así se lograba mayor tranquilidad.

Las labores que requiere la tabla arrocerera—denominación que recibe la parcela dedicada al cultivo del arroz—, comenzando por el nivelado, eran tareas que necesitaban una precisión muy alta, siguiendo un cuidado importantísimo por la conservación del sistema de riego y drenaje de las tablas. Del mismo modo, el sistema de plantado era una tarea de la cual dependía una parte capital de la cosecha, dado que si no se realizaba de forma correcta, el cultivo podía correr riesgos de no prosperar. Se necesitaba poner un especial cuidado en el anclaje de los pequeños tallos de planta de arroz que se trasplantaba desde la plantera (pequeña extensión de terreno, separada de la tabla principal, donde se sembraba el grano y se dejaba desarrollarse hasta un estadio en el que se trasplantaba manualmente a la tabla principal). Esta última debía ser controlada de forma continua, ya que del buen desarrollo de las semillas, que una vez germinadas se trasladaban a la tabla arrocerera, dependía en buena parte el futuro de la producción (Aguilar *et al.* 1997). Por otra parte, el cuidado debía ser mantenido a la hora de la inundación de la parcela, así como en las tareas de escarda (eliminación) de malas hierbas que proliferan en las tablas, además de en los almorriones (bordes exteriores de la parcela arrocerera) de la misma. El adecentamiento de las superficies arroceras era una máxima entre los arroceros tradicionales y denotaba la categoría del arrocerero y su valía.

Las cosas bien hechas, según los arroceros tradicionales, requieren mucho tiempo, trabajo y atención, sin embargo desde una perspectiva productivista, estos elementos han de ser minimizados por los altos costes que implican; los saberes y conocimientos tradicionales del bien hacer son sustituidos por la mecanización y tecnificación del cultivo en el arrocerero actual.

También hemos de poner el acento en que la recogida de este cereal era una tarea en la cual se ponía en juego el futuro de la misma. Una mala realización de esta tarea dejaba unos residuos en las tablas que con posterioridad eran difícilmente eliminables y por otro, la correcta configuración de las garbas era de vital importancia para las posteriores labores de separación de la paja del grano y su posterior secado al sol. La concepción del tiempo en este conjunto de labores era distinta, porque en ellas el tiempo social no contaba de igual forma que en el resto de la vida. En estos contextos vivenciales, todo giraba alrededor del cultivo del arroz, incluso la propia vida, la residencia, la familia, etc. Sin embargo para la concepción del tiempo del andaluz, éste era ilimitado, se podía perder sin hacer nada (productivo) porque se estaba fuera del arroz. Aquí, el tiempo no era considerado desde una óptica economicista. Por eso, a nuestro juicio, el tiempo de trabajo era penuria para los jornaleros y dinero para los colonos y arrendatarios, de ahí que unos lo pudiesen “perder” y otros sólo podían “ganarlo”.

Este tipo de esfera valorativa era muy considerada por todo el colectivo de arroceros definidos como tradicionales y este conjunto de comportamientos y representaciones fueron traídos al arrozal sevillano con estos arroceros. Esta forma de vida y las personas incluidas en ella configuran un mundo de la vida (Schutz 1993) estructurado en base al arroz y que dota de sentido a los individuos incluidos en él. No obstante, este tradicional mundo de la vida arrocero se ve transformado por la irrupción de nuevos métodos en el sistema de cultivo, llegando a poder afirmar que, en nuestra opinión ha sido colonizado por el sistema social (Habermas 1986).

Es aquí donde entra en juego el denominado arrocero actual en un contexto en que, a partir de los años 70, se produce una alta tasa de mecanización en el cultivo, relegando a un segundo plano este conjunto de conocimientos que en su día albergaron los arroceros tradicionales. El arrocero actual dispone de una serie de desarrollos e innovaciones aplicados al cultivo, facilitados por la gran extensión de las superficies arroceras, de las cuales carecían sus predecesores. Este conjunto de mejoras les facilitan todas las tareas relativas al arrozal y dejan de lado la cultura arrocerera tradicional, transformándose en empresarios agrícolas y abandonando la concepción de agricultores arroceros. Por poner algunos ejemplos de este desarrollo en la simplificación de las tareas se alude a la siembra directa aérea, la escarda por medios químicos, el empleo de semillas certificadas e híbridas, el empleo de cosechadoras y el secado mecánico del arroz. Como puede apreciarse directamente, la mecanización de las tareas ha contribuido a que el cuidado a pie de tabla se haya sustituido por la externalización de servicios y por pautas tecnificadas de funcionamiento (Muñoz Sánchez 2007a). El subirse al carro de la modernidad llevaba emparejado un alejamiento de las formas de gestión de la tierra al modo tradicional y despejaba el camino a procesos de innovación que distanciaban al arrocero de la tierra. Éstas son características muy claras del proceso de colonización del mundo de la vida por parte del sistema social. Valoramos que el arrocero tradicional es una figura que ha ido pereciendo a la par de la desaparición de los pioneros que llegaron de Valencia (Muñoz Sánchez/Valle 2009).

La hibridación cultural. El papel de las segundas generaciones

La marisma arrocerera siempre ha sido un lugar donde han llegado una cantidad de individuos de muy diversas procedencia, por tanto es un lugar privilegiado para observar el proceso de interrelación entre las distintas culturas de los que se afincaron en los municipios arroceros, especialmente Puebla del Río e Isla Mayor. La historia poblacional ha permitido conocer los distintos lugares desde donde arribaban personas hasta la isla del arroz. Su diversidad es muy amplia y llega incluso hasta sobrepasar las fronteras de España, como es el caso de los responsables extranjeros de las compañías colonizadoras. No obstante, creemos que la importancia más capital se sitúa en las personas procedentes de poblaciones andaluzas y valencianas, ya que es entre estos dos colectivos donde se juega la hegemonía en los primeros momentos de configuración cultural de las poblaciones (Muñoz Sánchez/Valle 2009). No es éste lugar para analizar las distintas estrategias de reproducción o mixtura social desarrolladas por ambos colectivos, sin embargo se ha de mencionar que los casos de matrimonios endogámicos y exogámicos eran vehículos de promoción social muy importantes (Sabuco 2004).

En un principio, la subcultura levantina se alzó con la hegemonía en Isla Mayor, concretamente en El Puntal, ya que fue aquí donde se afincaron la mayoría de los colonos procedentes de Valencia. Por su parte, en Alfonso XIII (núcleo poblacional secundario de Isla Mayor) se produjo una concentración mucho más alta de jornaleros procedentes de pueblos andaluces cercanos. Esta configuración social ha cambiado en la actualidad, pero sirve para estudiar la confrontación entre subculturas dominantes y minoritarias. Ya hemos comentado más arriba que la concepción valenciana de la vida no era compartida por los andaluces que habitaban la zona, sin embargo los lugares de privilegio eran ocupados por individuos valencianos. La colonización de las nuevas tierras fue reservada casi exclusivamente para los levantinos, mientras que los andaluces mostraban recelos ante este agravio constante. Sin embargo, el panorama cambiaría cuando irrumpieran las segundas generaciones, las cuales ya habían nacido en Isla Mayor. Aludo a este municipio porque es donde con mayor claridad se observa el proceso de cambio cultural. El choque frontal establecido entre los que habían nacido en Valencia y los andaluces no tuvo sentido cuando las personas más jóvenes tenían ya en común el haber nacido en una misma localidad. Este fenómeno de homogeneización progresiva afectó de forma intensa a la reducción de las relaciones conflictivas que habían reinado entre valencianos y andaluces. Estos nuevos pobladores ya no eran ni de un sitio, ni de otro, sino que eran todos de la Isla (Muñoz Sánchez 2007b). El haber nacido y vivido en el mismo lugar dejaba en segundo plano esa lucha que se había desarrollado entre sus padres. Asimismo, los matrimonios entre hijos de valencianos e hijos de andaluces ya no tenían las connotaciones sociales del pasado y eran moneda común en las estrategias matrimoniales de los miembros de estas segundas generaciones.

La hibridación cultural (García Canclini 1989; Steingress 2004) llevada a cabo en Isla Mayor ha permitido configurar una cultura muy rica, puesto que ha sido compuesta por tradiciones culturales muy distintas y que han permitido que la zona pueda enorgullecerse de un patrimonio cultural muy diverso, que lo diferencia de otros municipios cercanos. La mezcla cultural ha permitido que los productos culturales de este municipio le hagan ser un lugar especial, no sólo porque se metamorfosee a lo largo del año, fruto de las faenas del arrozal, sino que es el enclave de población que más adentrado está en la marisma. Si en realidad existe un hombre marismeño, a nuestro parecer podría estar en Isla Mayor (Muñoz Sánchez 2005).

En último lugar, pero no por ello de menor importancia, diremos que esta superación de las barreras de procedencia, a través de la concepción de ser todos de la Isla, permitió el éxito del posterior proceso de segregación, llevado a cabo en la década de los 80 y que culminó con la consolidación de Isla Mayor como municipio independiente de Puebla del Río. La eliminación de los exogrupos (andaluz/valenciano) basados en la adscripción geográfica fue posible gracias al establecimiento de un gran endogrupo (isleño/cigarro) adscrito al municipio, facilitado por la presencia de las segundas generaciones de isleños, menos apegados a la estructuración de los extragrupos geográficos (Muñoz Sánchez 2007b).

4. El campo y el arrozal. De lo natural a lo artificial

El medio sobre el que está situado el arrozal sevillano es la marisma del Guadalquivir; concentrado de manera muy importante en los territorios existentes entre los dos bra-

zos del río Guadalquivir, posee unas peculiaridades muy evidentes en cuanto a su morfología, y su característica fundamental es que es un entorno predominantemente rural. Anteriormente a la transformación llevada a cabo por las distintas obras de infraestructura puestas en marcha para evitar los aluviones de agua que anegaban las tierras situadas entre los brazos del río, podía observarse una gran llanura con exigua vegetación y con una densidad de población muy escasa, además de con características propias del poblamiento en diseminado. Los principales aprovechamientos se basaban en la cría de ganado en régimen de semilibertad y las actividades pesqueras en el río y sus distintos canales, por tanto características definitorias de un sistema extensivo de utilización del suelo y los recursos que no contribuían a la metamorfosis del paisaje, ni a su transformación más mínima. Exceptuando las señales que tenían como finalidad separar las distintas propiedades, y que normalmente estaban constituidas por vallados muy rudimentarios, que en algunos lugares ni siquiera tenían sentido, ya que las propias características geográficas permitían diferenciar las propiedades, *verbi gratia*, los distintos canales del río, no existía transformación alguna de su configuración original (Zoido 1973). El cambio establecido en ese entorno en todos los ámbitos transformó las relaciones del uso del suelo y el sistema ecológico propio de la marisma. Después de que se demostrase que el cultivo del arroz era el uso más eficaz de estos terrenos, se comenzó a realizar una impresionante transformación de lo existente. En primer lugar, se construyó una red de canalización para lograr proveer de aportes hídricos a los arrozales más alejados del curso del río. Posteriormente, se inició la implantación de un complejo sistema de drenaje para el vaciado de los arrozales, y además hubo de construirse una red de acequias para poder trasladar el agua donde era necesaria. Por otro lado, se eliminaron los vallados existentes para la división de las parcelas y fueron sustituidos por los bordes de las tablas (*almorrones*) para evitar la salida del agua tras su inundación. Los límites de las tablas suelen estar poblados por malas hierbas, que por otra parte sirven de referencia entre las tablas del arrozal. En el ámbito de las infraestructuras no sólo ha de hablarse de las obras de carácter hidráulico, sino que la enorme proliferación de caminos principales y secundarios para la entrada y movilidad dentro del arrozal fue introducida para garantizar que las parcelas no quedasen aisladas, incluso para favorecer la entrada de la maquinaria pesada utilizada para la recolección. Además han surgido numerosas construcciones en medio de algunas tablas en las cuales se albergan útiles agrarios y normalmente no responden a necesidades de poblamiento como fue el caso de los cortijos. Para una visión gráfica de este entorno existen varias fuentes, de las cuales la más destacada es un catálogo de instantáneas del fotógrafo recientemente desaparecido Atín Aya (2000).

El entorno rural poco transformado que existió hasta la puesta en marcha del arrozal fue sustituido por una utilización más racionalizada del sistema ecológico. Evidentemente, las implicaciones ecológicas y económicas se materializaron mucho más adelante. Sin embargo, un rasgo a destacar es el increíble y acelerado proceso de cambio producido en la zona arrocera.

Vista toda esta serie de cambios elaborados para mejorar las condiciones medioambientales existentes, se dirá que a nuestro juicio la artificialidad es la característica definitoria de estos terrenos. De ahí que se pueda sostener que el paisaje que actualmente se observa en la marisma arrocera, es fruto de un gran esfuerzo transformador para adecuar el medioambiente a los usos agrarios a los cuales se destinó. A nuestro modo de ver, la artificialidad del arrozal es patente, ya que la mano del hombre se deja notar a lo largo y

ancho de este ámbito geográfico; del mismo modo se puede argumentar que el impacto transformador del arrozal es mucho mayor del existente cuando los terrenos entre los brazos del Guadalquivir eran destinados a otros usos (Muñoz Sánchez 2007b).

Lo simbólico de la colonización

Se comienza esta parte por la inclusión de una posible explicación de calado antropológico del proceso de colonización que se llevó a cabo en la zona arrocerá sevillana. Se tiene una interpretación geográfico-antropológica de la colonización que viene de la mano de Villa Díaz y Ojeda, quienes afirman que la “aceptación social de estos nuevos paisajes marismesños, cuyos colonos y sus descendientes fueron reinventándolos e identificándose con ellos a partir de un conjunto de signos y ritos (edificios, hitos, fiestas, gastronomía, etc.) que los han conformado como sus propios patrimonios paisajísticos” (Villa Díaz/Ojeda 2005: 47). Bien cabe decir que el desarrollo de la tradición en esta zona parte de principios poco sólidos y frecuentemente conflictuales, dado que se ponen en frente dos tradiciones bastante diferenciadas como son la levantina y la andaluza en el entorno rural arrocerá. Ejemplo de este proceso fue el fallido intento de institucionalizar la fiesta de la falla valenciana, acercándola a la tradición lúdico-festiva andaluza (Sabuco 2000: 103-120).

La valoración genérica del proceso de colonización tiene que pasar a la fuerza por considerar que a partir de ella se crearon unas potencialidades hasta ese momento inexistentes, tanto para el aprovechamiento agrícola como para la población de una zona hasta ese momento desértica en lo poblacional. La colonización de la marisma del Guadalquivir hasta su transformación en la marisma arrocerá —como lo es ahora— ha sido comparada por las personas entrevistadas en el trabajo de campo con la conquista del oeste norteamericano, por la condiciones de extrema dureza que produjo y por el ingente esfuerzo generado para su materialización en el futuro. Salvando las distancias, la colonización de esta zona fue un proceso que tuvo que salvar numerosos obstáculos sobre todo relacionados con la hostilidad del entorno y con la falta de condiciones sociales mínimas para articular una dinámica tan compleja. La atracción de población para su posterior asentamiento en la zona y la irracionalidad y falta de planificación en este sentido son condicionantes negativos para el desarrollo del proceso. Las condiciones de vida en muchos casos eran pésimas, además de no existir una clara voluntad pública por ordenar estos nuevos asentamientos poblacionales. La posibilidad de encontrar nuevas oportunidades en una época en la cual eran muy escasas, animó a muchas familias a trasladarse a esta zona (Rodríguez Cárdenas 1991). Después se veía como la “California andaluza” no era tan dorada como parecía ser.

Desde la población de Puebla del Río, la marisma siempre había sido observada como algo marginal, como una zona de la cual había que alejarse todo lo posible. Sin embargo, tras la transformación de la misma y la implantación del arrozal esta concepción cambió radicalmente, hasta verse sustituida por una visión del pueblo matriz unido a la marisma desde siempre. Las potencialidades económicas que brindaba la zona modificaron la opinión que los cigarreros tenían de la misma, a su vez el resto de los municipios cercanos contribuyeron a dicho cambio.

En estos mismos cánones existen otro tipo de explicaciones que se han dirigido a afirmar algunas nociones poco sostenibles. Desde los discursos dominantes en el arrozal

se ha sostenido por parte de algunos colectivos –sobre todo desde los arroceros– que la transformación de este espacio ha corrido a cargo de la iniciativa privada y que la actuación pública fue marginal en comparación con la primera. Sin embargo, este argumento creemos que carece de sentido, ya que olvida la fuerte inversión pública realizada para el abastecimiento hidráulico de este cultivo. Para fundamentar esta crítica se hace eco de la opinión de uno de los más respetables geógrafos. “De esta manera, la bonificación solamente ha podido ser protagonizada directamente por el Estado o por grandes empresas capitalistas subsidiadas por aquel y apoyadas en los acondicionamientos hidráulicos de financiación pública, imprescindibles para la viabilidad de cualquier operación” (Del Moral 1996: 460). La idea de la exclusividad de la transformación de la marisma en manos de la iniciativa privada se cae por su propio peso, ya que la transformación del espacio fue compartida. Se empezó hablando de un entorno rural rudimentario y poco lesivo para el sistema ecológico y se concluye refiriéndonos a un sistema agroecológico que comienza a desagrarizarse.

Simbología arrocera

El arrozal es un ámbito cargado de simbología; a través de la visión que dota a los individuos que están inmersos en él, posibilita la entrada en una concepción del mundo distinta a la que se elabora en otros cultivos. Como es obvio, cada cultivo dota de una especial visión de la realidad a los campesinos que se insertan en dicha cosmovisión. Si se entiende que el arroz procede de oriente ya se empieza a tomar al cultivo como de carácter exótico. Existen algunos pensadores como Cipolla que proporcionan a mercancías provenientes de Oriente, como la pimienta, un papel muy destacado en el posterior surgimiento del sistema económico capitalista (Cipolla 1992). Quizá la comparación no parezca muy pertinente, sin embargo si consideramos que el arrozal en el contexto que nos ocupa propició en muchos casos la transformación “forzosa” de zonas que con anterioridad se utilizaban sólo y exclusivamente con un aprovechamiento ganadero extensivo, por ello contribuyó a desarrollar una nueva estructura social unida al arrozal. Del mismo modo, hizo brotar un nuevo modelo productivo de aprovechamiento del suelo más intensivo, como es el caso del monocultivo arrocero de las marismas del Guadalquivir. Por tanto, dio solidez al proceso de desarrollo de esta zona, que de otro modo quizás permanecería en un pasado productivo mucho más pretérito.

La configuración simbólica que realizan los distintos grupos que pueblan el entorno marismeño condiciona la forma de concebir el medioambiente que los rodea y la apropiación del mismo. Ésta es una zona rural donde la problemática asociada a la marcación de los límites ya sean administrativos o geográficos es muy alta. En principio, podríamos argumentar que este territorio arrocero conforma una unidad interna, considerando como unidad toda aquella superficie englobada como monocultivo arrocero. Sin embargo, suele ocurrir que los elementos simbólicos de configuración del espacio se asocian más a localidades que a grupos sociales menos extensos. El principal problema se detecta en la distinta concepción que hacen del territorio tanto los isleños, como los cigarreros. Ambos grupos se autoidentificaban de modo distinto con la zona. Para los cigarreros, hasta no hace mucho, la marisma simbolizaba una zona que les pertenecía pero que no ocupaban. Empero, para los isleños este territorio era su hábitat y su medio de conseguir ganarse la vida. La concep-

ción era diametralmente distinta, dado que cada grupo poblador dotaba de un simbolismo distinto a un mismo territorio. Se valora de forma importante que estas diferencias cristalizaron ulteriormente en el proceso de segregación que comenzó Villafranco del Guadalquivir, de tal manera que la identificación simbólica con un territorio común y distintivo para sus habitantes tuvo una influencia muy fuerte para integrar a todos los habitantes bajo una misma “bandera común”, que fue la segregación (Sabuco 2004).

La concepción a nivel simbólico de la marisma antes de ser arrocería llegaba a considerarla como un entorno salvaje y con numerosos peligros asociados al mismo. Sólo algunos valientes se atrevían a adentrarse en él con fines nutricionales o económicos. La extracción social de todos los tipos de cazadores descritos por Acosta (2004) es muy baja, su procedencia es de los municipios que rodeaban Doñana y concretamente de los barrios pobres de varias localidades (Puebla del Río, Coria del Río, Aznalcázar, Los Palacios, Villamanrique y Almonte). El complemento económico, generado por la caza, de las escasas rentas procedentes del trabajo a jornal era una tónica constante. En algunos casos se apelaba al carácter rebelde de los cazadores, que con su actividad rompían periódicamente la lógica de dominación que caracterizaba a las sociedades rurales poco integradas, como era el caso de la marismeña. No obstante, no existía una alternativa al modelo dominante, incluso ante la tesitura de elegir por parte de los cazadores-jornaleros frecuentemente se optaba por los jornales seguros, frente a la incertidumbre y falta de estabilidad de la caza marismeña. En nuestra opinión, este sistema de uso del suelo permitía un aprovechamiento usufructuario por parte de los jornaleros procedentes de las clases más desfavorecidas que les permitía resistir periodos de crisis que en los contextos latifundistas hubieran sido fatales. Obviamente, la optimización tanto de recursos como de tiempo es una línea maestra a seguir por parte de los cazadores y recolectores del entorno de Doñana, de tal manera que sabían que allí se podían conseguir más recursos en menos tiempo y con menos esfuerzo, de modo que el riesgo merecía la pena.

De ese modo se articuló en el imaginario colectivo una imagen de entorno marginal, que después fue moldeado/transformado, imponiéndole un agro-ecosistema intervenido y controlado propiamente por el hombre. La posición de conflicto está servida entre jornalero explotado agrariamente en el arrozal y la consiguiente monopolización de recursos de los cotos por parte de los terratenientes, que propiciaban una infrutilización laboral de los mismos, constituyéndose como entornos hostiles a lo agrario. Su uso es extensivo y diverso, contrariamente al monocultivo arrocería o a la zona fresera con altos niveles de explotación e intensivos en la utilización del factor mano de obra.

La deconstrucción del esencialismo del hombre marismeño permite distinguir dos tipologías dentro de la concepción realista del hombre que reside en la marisma. Por una parte se puede señalar al jornalero, que previamente a la realización de sus jornadas en el cultivo del arrozal, aprovechaba las potencialidades de riqueza de este ecosistema como cazador-recolector con estrategias que pueden ser catalogadas como de “ecologismo de los pobres”, que garantizaba por su lado la sostenibilidad del ecosistema. Sin embargo, por otro lado se encuentra el agricultor valenciano, que llegó en un momento de brutal transformación del agro-ecosistema, ya que se instauró el monocultivo arrocería. En los primeros momentos del cultivo, la coyuntura agronómica estaba marcada por la revolución verde (Engelman/Leroy 1995) y derivada de ella la agresión hacia el medioambiente era enorme, así que pasado un tiempo un cambio de perspectiva integral en lo relativo al paradigma agroecológico (González de Molina/Sevilla 1990) motivó el cambio de

estrategia hacia aprovechamientos más sostenibles (producción integrada y en muchos casos ecológica). La concepción simbólica que articulan estas dos variantes de hombre marismero indica la heterogeneidad de fórmulas, que los distintos colectivos de hombres han practicado en un medioambiente perfilado por la constante intervención humana y un cambio muy acentuado en todos los ámbitos.

Cierto es que la cultura del arroz no tiene en España la tradición con la que cuenta en los países de Asia. No obstante, se puede tomar como referencia la consideración que allí se hace de las representaciones que elabora el arrozal. Por poner un ejemplo, diremos que, en Japón, los ejecutivos, con altos niveles de estrés, han descubierto que dedicando su tiempo libre a cultivar arroz consiguen unos niveles de tranquilidad y sosiego que les permiten desarrollar su agotador trabajo. El campo arrocero se constituye como un remanso de tranquilidad y es utilizado como un bálsamo contra la vida acelerada del Japón actual.

En relación a esta concepción del arrozal en Asia también he encontrado un elemento simbólico de deidad en otros pueblos de ese continente. Se rastrea la posibilidad de que existiese algún atisbo de la existencia del dios del arroz y si la veneración a esta deidad se daba en algún lugar de éste cada vez más pequeño planeta. Con esa intención nos topamos con los ifugaos (etnia mongoloide filipina) que dicen adorar a lo que definen como dios del arroz. Estos indígenas filipinos atribuyen a este dios el don de la fertilidad, ya que con su poder y sabiduría hace que todo se reproduzca tanto en los animales, como en el propio quehacer de la naturaleza. Por otro lado, también se ocupa de retirar el *ahij* (alma) de los cuerpos sin vida para llevarlos en la semilla (de arroz) que vuela hacia el paraíso. En estas latitudes se han observado la existencia de unos enigmáticos círculos de arroz, presentes en las características terrazas arroceras de esta región del sudeste asiático. Se piensa que su función es la de realizar plegarias a los dioses que las contemplan desde el cielo. El arroz en este contexto se establece como un medio humano para poder conseguir comunicación con el universo de las deidades, de modo que es un vehículo para acercar al hombre hasta Dios. La productividad de estas variedades de tablas arroceras es escasísima en términos de rendimiento, sin embargo la inversión cultural realizada para su construcción debe hacernos llamar la atención sobre ellos. Quizá el elemento superestructural sea el sustrato del cual se alimentan tanto los arrozales, como los pobladores de los mismos.

5. Conclusión

Llegado este momento, es lugar de dedicar algunas líneas a extraer conclusiones de todo lo expuesto con anterioridad. Los objetivos marcados al principio de estas palabras han sido conseguidos. La descripción de las transformaciones acaecidas en los ámbitos simbólicos y las plasmaciones materiales de los mismos en la consideración del arrozal sevillano se han desarrollado a lo largo de este artículo. La principal contribución del mismo ha sido exponer una perspectiva más centrada en las representaciones sociales del arrozal. La consideración del nivel simbólico como receptáculo de las transformaciones materiales, culturales, tecnológicas y sociales que se han venido produciendo es el principal logro que se ha intentado culminar. Las anteriores contribuciones (Sabuco 2004; González Arteaga 1992; Zoido 1973) habían primado análisis más centrados en los

aspectos materiales, olvidando que la representación simbólica y su posterior reflejo representacional son elementos que ofrecen información con una enorme importancia. La finalidad de este artículo ha sido contrastar que las transformaciones llevadas a cabo en el universo social arrocerero sevillano han tenido un correlato simbólico, cuyo sentido es percibido por las cosmovisiones individuales y grupales de todos aquellos individuos imbuidos de una forma u otra en el principal arrozal español.

Pormenorizando en cuestiones más particulares, apuntamos a que el principal elemento de representación que se observa en el imaginario colectivo de los primeros habitantes de la marisma que se dedicaron al cultivo del arroz y la identificación entre la procedencia valenciana y los conocimientos acreditados sobre el cultivo eran prácticamente un elemento central en el establecimiento de la subcultura arrocerera en la zona sevillana. Los valencianos pioneros, fuesen o no pertrechados arroceros, se consideraban como un valor en sí mismo para los responsables político-empresariales del arrozal sevillano, confundándose la procedencia de los mismos con saberes asociados al cultivo del arroz. En esa misma línea, la apropiación del territorio y de todo lo que giraba en torno al arrozal a través del discurso lingüístico del valenciano, como idioma que podía nombrar de forma exclusiva y que se superponía al lenguaje de los oriundos de estas tierras, fue una constante hasta que el conflicto simbólico entre esos grupos fue desapareciendo. A este propósito contribuyeron los aspectos anteriormente señalados respecto a la irrupción de los arroceros actuales y la incidencia del proceso de mecanización.

Los jornaleros andaluces sólo podían representar una posición de resistencia y subordinación, haciendo siempre alusión al proceso de apropiación de lo valenciano frente a lo andaluz. Este desarrollo y consolidación hegemónica del valenciano para definir todo lo relativo al arroz simbolizaba la apropiación material del territorio que llevaron a cabo los colonos valencianos. El conflicto a nivel simbólico y representacional entre lo andaluz, en situación de dependencia, y lo valenciano, como materialización de la cultura arrocerera por antonomasia, fue una constante hasta la irrupción de las segundas generaciones de valencianos y andaluces, ya residentes en los municipios arroceros, y su posterior proceso de hibridación cultural, que contribuyó profundamente a la superación de los conflictos de carácter étnico. Por otro lado, también observamos que el proceso de mecanización ha coadyuvado para consolidar la transformación de los ámbitos simbólicos asociados al arrozal. La cultura valenciana y su conjunto de saberes asociados al arrozal fueron desplazados a un segundo nivel hasta llegar a sustituir al arrocerero tradicional por un nuevo tipo social denominado arrocerero actual, en el cual la cosmovisión integral asociada al cultivo queda desbancada por la parcialidad de los conocimientos proporcionados por la tecnología.

Los ámbitos simbólicos vinculados al arrozal sevillano han sido complementados con numerosas aportaciones procedentes de otras subculturas como la levantina. No obstante, la carga simbólica del arrozal marismeño ha configurado arroceros de distinto modo a los ya existentes en otras zonas de España. A todo lo aludido se debe añadir que un entorno ecológico tan rico como el de la marisma del Guadalquivir ha generado numerosas relaciones con el medioambiente que respetan sus principios, cosa que no ocurrió con el cultivo arrocerero hasta que el colectivo al completo entendió que el respeto al equilibrio ecológico debía ser incluido dentro de su imaginario colectivo. El cultivo del arroz ha proporcionado unas características muy singulares a la zona donde se realiza, hasta poder afirmar que dota de peculiaridades a este entorno rural a nivel cultural y sim-

bólico. Aunque no desprecio que los procesos de cambio en estos niveles son ya una realidad palpable. La ruptura de las fronteras tanto simbólicas, como geográficas tiende a desdibujar los patrones diferenciados que en el pasado actuaban con contundencia.

Bibliografía

- Acosta, Rufino (2004): *Pan de marisma*. Sevilla: Publicaciones del Comité Español del Programa Hombre y Biosfera.
- Aguilar, Manuel *et. al.* (1997): *Cultivo del arroz en clima mediterráneo*. Sevilla: Junta de Andalucía-Consejería de Agricultura y Pesca.
- Albedrich, José (2000): *Del Támesis al Guadalquivir. Antología de los viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Aya, Atín (2000): *Marismas del Guadalquivir*. Sevilla: Mauricio d'Ors Editor.
- Berger, Peter/Luckman, Thomas (1986): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bernal, Antonio Miguel (1988): *Economía e historia de los latifundios*. Madrid: Espasa-Calpe.
- (2004): *El Canal de los Presos (1940-1962): Trabajos forzados: de la represión política a la explotación económica*. Barcelona: Crítica.
- Bourdieu, Pierre (1991): *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Barcelona: Taurus.
- Cipolla, Carlo Maria (1992): *Allegro ma non troppo*. Barcelona: Crítica.
- Del Moral, Leandro (1996): “El impacto medio-ambiental del cultivo del arroz sevillano”. En: Aguilar, Manuel *et. al.*: *Cultivo de arroz en el clima mediterráneo*. Sevilla: Junta de Andalucía-Consejería de Agricultura y Pesca, pp. 457-468.
- Engelman, Ronald/Leroy, Peter (1995): *Conserving Land: Population and Sustainable Food Production*. Washington, D. C.: Population Action International.
- García Canclini, Néstor (1989): *Culturas híbridas*. México: Grijalbo.
- González Arteaga, José (1992): *Las Marismas del Guadalquivir: etapas de su aprovechamiento económico*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- González Delgado, José (1988): *El cambio tecnológico en la agricultura*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- González de Molina, Manuel/Sevilla Guzmán, Eduardo (1990): “Ecosociología: Elementos teóricos para el análisis de la coevolución social y ecológica en la agricultura”. En: *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 52, pp. 7-46.
- Grosso, Alfonso/López Salinas, Andrés (1966): *Por el río abajo*. Paris: Ebro.
- Guzmán Casado, Gloria/González de Molina, Manuel/Sevilla Guzmán, Eduardo (2000): *Introducción a la Agroecología como desarrollo rural sostenible*. Madrid: Mundi-Prensa.
- Habermas, Jürgen (1986): *Ciencia y técnica como ideología*. Barcelona: Tecnos.
- Hannigan, James (1998): *Fantasy city: pleasure and profit in the postmodern metropolis*. London: Routledge.
- Harris, Marvin (1982): *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza.
- Jodelet, Denis (1984): *La representación social: fenómenos, conceptos y teoría*. En Moscovici, Serge (comp.): *Psicología social II*. Barcelona: Paidós, pp. 469-493.
- Lefebvre, Henry (1972): *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
- Maestre, Juan (1975): *Modernización y cambio en la España rural*. Madrid: Edicusa.
- Mira, José Francisco (1980): *Vivir y hacer historia*. Barcelona: Península.
- Moreno, Isidoro (1978): *Culturas y modos de producción*. Bilbao: Nuestra Cultura Editorial.
- Muñoz Sánchez, Víctor Manuel (2005): “Reseña de *Pan de Marisma* de Acosta, R.”. En: *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 5, pp. 118-121.

- (2007a): “Latifundios, reforma agraria y estructura de la propiedad en los contextos arroceros sevillanos”. En: *Anduli. Revista andaluza de Ciencias Sociales*, 7. pp. 143-164.
- (2007b): *Economía, ecología y cambio social en un entorno rural. Arroz y arroceros en la provincia de Sevilla*. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide. Tesis doctoral inédita.
- Muñoz Sánchez, Víctor Manuel/Valle, Antonio (2009): “Movimientos migratorios en base al cultivo global del arroz”. Comunicación presentada en las “Jornadas Internacionales de Investigación. Migraciones, trabajo y cadenas globales agrícolas”. Murcia: Mimeo
- Palerm, Ángel (1980): *Antropología y marxismo*. México: Nueva Imagen.
- Pujadas, Juan José/Martín, Enma/Pais de Brito, José (coords.) (1999): *VIII Congreso de Antropología. Globalización, fronteras culturales y políticas y ciudadanía*. Santiago de Compostela: Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español.
- Rodríguez Cárdenas, Matías (1991): *La Isla Mayor del Guadalquivir a través de sus personajes*. Villafranco del Guadalquivir: C. P. Florentina Bou.
- Sabuco, Assumpta (2000): *Una falla en las marismas. Valencianos y Andaluces en Isla Mayor (Sevilla). Jornadas de Antropología de las Fiestas*. Elche: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Vol. 1, pp. 103-120.
- (2004): *La isla del arroz amargo. Andaluces y valencianos en las marismas del Guadalquivir*. Sevilla: Fundación Blas Infante.
- Saussure, Ferdinand de (1964): *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Schutz, Alfred (1967): *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1972): *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires: Paidós.
- (1993): *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.
- Schutz, Alfred/Luckmann, Thomas (1977): *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Steingress, Gerard (2004): “La hibridación transcultural como clave de la formación del Nuevo Flamenco (aspectos histórico-sociológicos, analíticos y comparativos)”. En: *Revista Transcultural de Música*, 8, pp. 1-33.
- Valle, Antonio/Muñoz Sánchez, Víctor Manuel (2008): “El arrozal sevillano: fundamentos y perspectivas del arrozal sevillano”. En: *Economía social/Sociedad Cooperativa*, 45. pp. 36-41.
- (2009): “Modernización, desarrollo e innovación en el cultivo del arroz en Andalucía”. Comunicación presentada en el “IV Congreso Andaluz de Sociología. Cambio y diversidad”. Carmona (Sevilla): Mimeo.
- Villa Díaz, Antonio/Ojeda, Juan Francisco (2005): “Paisajes coloniales en el Bajo Guadalquivir. Origen, evolución y carácter patrimonial”. En: *PH: Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 52, pp. 43-54.
- Zoido, Francisco (1973): *Isla Mínima. Aspectos Geográfico-Agrarios del Arrozal Sevillano*. Sevilla: Universidad de Sevilla.